

Acuerdese pues que Jesucristo, hijo de Dios, subió á la cruz como á una cátedra para recibir la muerte, y que el apostol S. Andres predicó desde su cruz, la colmó de alabanzas y exhaló en ella el último suspiro (1). Asi el verdadero predicador de Jesucristo crucificado debe subir al púlpito en disposicion de padecer todo género de tormentos y aun desear morir en testimonio y defensa de la palabra divina que anuncia, y de la iglesia católica romana nuestra madre y maestra.

Considerese tambien como un instrumento, una máquina de guerra de que Dios quiere servirse para destruir y derribar los muros de la soberbia Babilonia, y como la pólvora que es una materia vil, negra y sucia que mancha los dedos de los que la tocan, y no puede servir sino cuando se le prende fuego. Conozca la necesidad que tiene de que el Espíritu Santo encienda en él el fuego celestial y le inflame, como inflamó el corazón de los apóstoles el día de Pentecostes. Para conseguir este don precioso, este fuego sobrenatural, esta luz divina rece con humildad y confianza el himno *Veni, creator Spiritus*.

CAPITULO VII.

DEBER DEL PREDICADOR EN EL PÚLPITO.

No se turbe ni se disguste el predicador que subiendo al púlpito ve un reducido auditorio; antes debe extrañar que haya un solo hombre que quiera tener la

(1) Estas circunstancias de la muerte de S. Andres son muy inciertas: estan tomadas de las actas de su martirio, que parecieron sospechosas á Tillemont y otros varios críticos hábiles.

paciencia de escucharle. Considere que aunque sea corto el número de sus oyentes, no por eso tendrá él menos mérito; al contrario ganará el estar menos expuesto á la vanidad.

Figurese entonces á Jesucristo, nuestro soberano maestro enviado del cielo para anunciarnos la palabra divina, y no se avergonzó de predicar delante de algunos discípulos y aun delante de una sola pobre mujer de baja extraccion, y eso á pesar de estar cansadísimo por el largo camino que habia andado á pie.

Esté igualmente pronto á callar en cuanto reciba la señal de su compañero (1), aun cuando no haya acabado la mitad de su discurso, porque vale mas callar por obediencia que decir las cosas mas preciosas sin esta virtud.

Sin embargo será prudente disponer su sermón de modo que no dure mas de una hora: si no el oyente no saca provecho de lo que se dice por la demasiada prolijidad, se cansa y concibe hastío á la divina palabra.

En cuanto á los ademanes y movimientos del cuerpo deben ser acomodados á la persona que habla, á su clase y dignidad y proporcionados al asunto que se trate. Cuide el predicador de ser moderado en los ademanes por no parecerse á un actor de teatro; pero tampoco esté inmovil, de manera que parezca una estatua en el púlpito. Acuérdesse que la accion y la pronunciacion son lo principal del orador y como el alma del discurso segun testimonio de Demóstenes: asi deben ser vivas; pero al mismo tiempo arregladas y modestas. Es menester que el ademan sea como una segunda espe-

(1) Esto se refiere á una costumbre particular de los jesuitas.

cie de expresion, que ayude á la palabra, y que aunque diga menos que esta dé á entender mas.

Evite las prolijidades no contando historias que fatigan al oyente y hacen perder un tiempo que se emplearia mejor en instruirle.

Cuando reprende á los pecadores piense en reprenderse á sí mismo, porque es menester que se tenga por el mayor de todos; lo cual le será facil supuesto que no conoce á nadie, ni aun entre sus oyentes, que haya cometido tantos pecados como los de que le acusa su conciencia. Asi al paso que instruya á los otros y les sea util, hallará él mismo su propio provecho.

Evite la vanidad de no querer decir nada que hayan dicho otros, y no tenga reparo en valerse de lo que halle bueno, no solo en los antiguos sino en los modernos, porque Jesucristo siendo la sabiduría del Padre no se desdenó de repetir lo que el Bautista su precursor habia predicado sobre la penitencia á orillas del Jordan.

Aprenda tambien por este ejemplo á hablar á menudo de la penitencia, ya en público, ya en particular, y á exhortar los pueblos á practicarla, porque arrastrados por sus sentidos y por las costumbres depravadas casi siempre estan apasionados de las delicias y deleites del mundo. Observe que Dios por boca de Jeremías llama falsos profetas á los que no predicán la penitencia.

Si durante el sermon se oyese por casualidad algun ruido, sufrale con paciencia, no se inquiete, y sobre todo no manifieste ningun sentimiento de ira, no sea que exhortando los demas á la paciencia se refute él mismo con el ejemplo público que da del vicio contrario. Acuérdesese que con su impaciencia pondria mayor obstáculo á la palabra de Dios que los que hacen el ruido: si es necesario decir algo para que cese este, dí-

galo, pero con modestia, sin alterarse y sabiendo conciliar al mismo tiempo la autoridad y la humildad que convienen á su ministerio.

Sea muy prudente y modesto en reprender las malas costumbres y los vicios, porque si las palabras que emplea ofenden los ánimos, si es áspero y duro en sus correcciones, lejos de ser estas útiles y producir la enmienda serán por el contrario muy perjudiciales.

Un médico habil sabe dorar la píldora para hacerla tragar con mas gusto á un estómago debil, y aunque está dorada no deja por eso de obrar su efecto. La correccion fraterna debe hacerse con franqueza y cordialidad, para que claramente aparezca que procede de un corazon piadoso y cristiano de veras, que se mueve á compasion y no busca mas que la salud de aquel á quien reprende.

Diga que no es su ánimo designar á nadie, y que no cree que ninguno de sus oyentes sea culpado de los pecados contra los cuales clama; pero que su intencion es precaverlos de los vicios de que habla: Mida de tal modo sus palabras, que si alguno se ofendiere de ellas y lo llevare á mal, pueda decirle en verdad que no ha hablado por él.

Podrá templar esta correccion fraterna citando algunos pasajes ó ejemplos de la sagrada escritura ó de los santos padres, en los cuales se clame contra los mismos vicios; porque como entonces no habla el predicador, sino el Espiritu Santo no podrán los oyentes quejarse de que ha dicho aquel cosas ofensivas contra estos. En lo demas la correccion ha de respirar comiseracion y no indignacion, y no ha de contener nada que huelva á odio ó acepcion de personas: es preciso, segun el precepto de S. Pablo, hablar á los ancianos como á padres, y á las mujeres ancianas como á madres. Es indecible con cuánto empeño procura el demonio que en

las correcciones se sustituya el amargor de la hiel á la dulzura de la miel evangélica para desviar así á muchas personas de oír la palabra de Dios y excitar el odio y la envidia contra los eclesiásticos zelosos. Si ocurriere una circunstancia en que fuese necesario para la salud de aquel á quien se quiere corregir, descubrir la llaga y emplear el hierro y el fuego en su curacion; acuérdesse el predicador de añadir el aceite de la mansedumbre. Así hizo Dios en otro tiempo con el empedernido Faraon: le castigaba con muchas plagas, y en seguida las suspendía para que pudiese tranquilamente volver en sí y enmendarse.

Si mientras el predicador está en el púlpito, le ocurren algunas ideas nuevas en las que no había reflexionado antes, no se aventure á exponerlas, porque no están bastante maduras. El demonio acostumbra muchas veces sugerir así pensamientos sobre cosas de poca monta para turbar al predicador ó desviarle del asunto que trata: sin embargo si el que habla fuese un hombre de disposicion y pudiese apoyarse en la solidez de su juicio, podría usar aquellos pensamientos nuevos, con tal que convengan tan perfectamente á la materia que no pueda omitirlos sin escrúpulo.

En este último caso vuelva cuanto antes le sea posible á lo que preparó antes por respeto á la doctrina sagrada, no sea que contando demasiado consigo mismo caiga en algun error.

Es menester tratar con mucha prudencia las cuestiones de controversia, porque si se citan las objeciones de los herejes para refutarlas, las personas poco instruidas no sacarán ningun provecho, y aun cuando los oyentes tuvieran bastantes luces para poder seguir estas disputas, no convendría tampoco detenerse en ellas. La experiencia nos ha enseñado que la malicia y astucia del demonio superan mucho á la vigilancia y prudencia de los hombres.

Será pues deber de un eclesiástico prudente presentar con solidez las pruebas que confirman la fé católica, y refutar los errores opuestos sin tener trazas de que responde á una objecion. Por ejemplo sentará la obediencia debida á la iglesia romana: probará por la Escritura y con sólidas razones la excelencia de la virginidad y la necesidad del celibato clerical: expondrá las ventajas de la vida religiosa y los importantes servicios que prestan los religiosos. Explicará el mérito de las buenas obras y de la penitencia: exhortará á la obediencia hácia los superiores eclesiásticos y seculares: hablará del fruto que se saca de las indulgencias, ya para los vivos, ya para los difuntos, de la utilidad que nos trae la intercesion de los santos, encomendará su invocacion á los fieles, y los excitará también á la devocion á las reliquias de los santos y á los altares que les están consagrados.

Un eclesiástico prudente y animado de un santo zelo hablará sobre todo esto en tales términos, que el que conoce los errores opuestos pueda entender con qué raciocinios se refutan, y el que no tenga ninguna idea de aquellos, conserve su simplicidad y continúe ignorando las objeciones de los herejes; y sin embargo tenga á la mano con qué defenderse si por casualidad le asaltasen interior ó exteriormente algunas tentaciones contra la fé.

En las provincias inficionadas de la herejía es inútil esta precaucion; al contrario han de descubrirse los errores, obcecacion y ardidés de los herejes con las entrañas de la caridad y el acento del dolor (1). Sin em-

(1) S. Francisco de Sales, mas experimentado en los combates contra los herejes, prueba con mucha solidez, como hemos visto mas arriba, que aun en los países infestados de ellos no debe el predicador refutar directamente las objeciones de los mismos.

bargo cuide el predicador antes de subir al púlpito de preparar la materia y fortalecer las pruebas con cuanto puedan sugerirle su entendimiento y la fuerza de la verdad, no sea que queriendo aplicar el remedio aumente por el contrario el mal valiendose de razones fútiles y poco concluyentes.

Tambien debe evitar el tratar delante de oyentes poco ilustrados de los diferentes grados de la perfeccion, de la sublimidad de la oracion y de la contemplacion. Pocas personas le entenderian, y muchas se desalentarian con una luz demasiado fuerte. Cuando el comun de los fieles ve que no alcanza el objeto propuesto por el predicador, juzga que las buenas obras no tienen mérito: otros por el contrario esclavos de la carne se burlan de todo esto y no creen facilmente en toda aquella sublimidad de la oracion y de la contemplacion. Asi sucede que el predicador se expone al peligro de la vanagloria, y el autor se vuelve á su casa con el corazon vacío y seco. Será pues muy conveniente acomodar y proporcionar sus instrucciones á la capacidad de aquellos á quienes haya de instruirse.

El predicador debe tambien evitar las exageraciones é hipérboles desmedidas: la elocuencia del púlpito se diferencia de cualquier otra principalmente en que está consagrada á la verdad pura, y que el predicador ha de aparecer como un testigo fiel de esta misma verdad que no necesita nunca de disfraz, y no como un sofista artificioso que trata de corromperla para hacerla mas agradable. El predicador debe abstenerse tambien de las comparaciones odiosas sobre la excelencia de la virtud de un santo respecto de la de los otros, porque ademas de no producir estos discursos ningun fruto entre los fieles pudieran acarrear lances fatales al predicador si se pesaran y examinaran en todo rigor. Es pues mas seguro y cuerdo

hablar de los santos con simplicidad y moderacion. No basta alabar á estos y ensalzar sus virtudes, sino que hay que indicar á los oyentes los medios y caminos que han de seguirse para imitarlos, y manifestar al mismo tiempo las espinas que obstruyen y dificultan la senda de la vida eterna. Conviene indicar varios medios diferentes y fáciles, para que cada uno pueda tomar el que mas le cuadre.

En los lugares donde los fieles van con gusto y en gran número á oír atentamente la palabra de Dios, entonces el predicador puede exponer mas resueltamente las verdades de claro en claro, y tambien puede con mas libertad reprender los vicios y corregir los abusos, acordándose de lo que hizo nuestro divino Salvador el dia mismo en que le recibieron los judíos con mas pompa con palmas y ramos y cantando: Hosanna en lo mas alto de los cielos: bendito sea el que viene en el nombre del Señor; porque en aquel mismo dia echó Jesucristo del templo á los vendedores y compradores con un látigo.

El predicador evitará en el ejercicio de su ministerio dejarse llevar de los respetos humanos, de la esperanza del lucro ó de alguna otra ventaja temporal, si no quiere que se le pegue la lepra de los pecados de que trata de curar á los pueblos, como leemos que sucedió al avaro Giezi que quedó cubierto de la lepra de que se habia curado por la bondad de Dios Nahaman convertido.

CAPITULO VIII.

LO QUE DEBE HACER EL PREDICADOR DESPUES DEL SERMON.

En cuanto vuelva el predicador á su aposento despues del sermon, dará gracias á Dios de haberle em-

pleado en un ministerio tan sublime y por un fin tan util. En seguida repasará dentro de sí mismo las faltas que se le han escapado durante su discurso para humillarse profundamente y evitarlas en lo sucesivo. Esto le servirá de preservativo contra los elogios y la lisonja de los hombres, y le ayudará á repeler los asaltos del amor propio y de la vanagloria, cuyos artificios, por evidentes que sean, no dejan de seducirnos y cegarnos si no tenemos en herencia el espíritu de humildad y una idea baja de nosotros mismos.

Pero para humillarse mas, anonadarse mejor á vista de su propia nada y evitar los tiros mortales de la lisonja debe exclamar: ¡Gran Dios! ¡cuántas veces yo indigno pecador he pronunciado hoy mi condenacion! ¡Qué oposicion entre mis obras y mis palabras! ¡Tibio y muy mirado para conmigo solamente tengo severidad para reanimar y corregir á los otros. ¡Qué blandura y qué condescendencia para mí! ¡Qué facilidad para disculpar mis faltas! Y al contrario ¡qué rigor para las de los demas! ¿Cómo, Dios mio, este transgresor de vuestros mandamientos, este hombre tan distante de la perfeccion evangélica se atreve á dar lecciones á los otros? Parezcome al leon que con la cola borra las huellas de sus pies: mis obras desmienten la doctrina que enseño.

Si os dicen vuestros amigos que vuestros discursos producen fruto, decid con la humilde virgen María: *Magnificat anima mea Dominum*; ó con el real profeta: *Dico ego opera mea regi*; porque todo lo que encierra la bóveda del cielo, pertenece á su rey, y le es debida toda gloria. El fruto de la palabra evangélica es el fruto de la semilla que cayó en tierra y murió para resucitar y fructificar. Nosotros no somos mas que uos servios inútiles que hemos hecho lo que debiamos.

Si por el contrario oís decir que vuestros sermones

no producen ningun fruto; basteos haber cumplido las órdenes de vuestros superiores, que no es poca ganancia para vuestra alma, y decid: Señor, aunque yo no sirva para nada, sin embargo puedo servir de testigo é intérprete de vuestra divina voluntad anunciando vuestra ley á los hombres, para que un dia seais justificado en vuestras palabras, y en el gran dia de vuestra justicia podais tomar venganza del desprecio que hayan hecho los hombres de ellas.

Tened tambien el consuelo de que aunque los hombres no descubran ningun fruto, no deja Dios á veces de sacarle obrando en los corazones, cuyo único escudriñador y señor es, y cuyos pliegues no puede sondear el hombre. Recordad que los apóstoles, discípulos de Jesucristo, al anunciar el Evangelio al universo, produjeron pocos frutos y movieron pocos corazones, y que los grandes frutos del Evangelio que habian sembrado en los corazones de los hombres, no se cogieron hasta despues de su muerte cuando aquella semilla fecunda creció (1).

Si sabeis por casualidad que se ha levantado alguna murmuracion contra vos, no os inquieteis si no habeis dado motivo á ella: mas aun, dad gracias á Dios de que oís contra vos las blasfemias y murmuraciones que se proferian contra él cuando predicaba en la tierra, aunque habia merecido bien de los judíos por sus discursos y por la curacion de los enfermos. Y si vuestros sermones son

(1) Creo que esta idea se le escapó á S. Francisco de Borja en un momento de distraccion, porque la conversion de tres mil hombres en el primer sermon de los apóstoles, la de cinco mil algunos dias despues y la fundacion de innumerables iglesias, modelos de piedad y fervor, en los pueblos mas remotos, son sin duda frutos muy preciosos y abundantes de la divina palabra.

inútiles para los demas, sabed que no os serán inútiles á vos mismo, y Dios os los remunerará.

Ved cuánto os obliga la predicacion del Evangelio á observar los preceptos que dais á los otros, porque si vuestras obras discuerdan de vuestras palabras, pareceréis á los sepulcros blanqueados y hermosos por fuera, y dentro estan llenos de huesos de muertos y de podredumbre.

Con semejantes reflexiones se conservará el predicador en la humildad, y quanto mas humilde sea, mas abundantes frutos producirá, y se hará acepto á Dios bondadosísimo y poderosísimo y á Jesucristo, que es el modelo mas perfecto de la predicacion evangélica y el único doctor de los predicadores humildes, á quien sean tributados honor y gloria, asi como al Padre y al Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.



TERCERA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO.



ADVERTENCIAS DEL P. CLAUDIO AQUAVIVA, QUINTO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, Á LOS PREDICADORES.

Observaciones preliminares (1).

Claudio Aquaviva nació en Nápoles en 1542, y fue hijo de Juan Aquaviva, duque de Astria. Siendo camarero de honor del papa S. Pio V renunció á las esperanzas del siglo para consagrarse á Dios en la compañía de Jesus á la edad de 25 años. Por su eminente mérito fue promovido al cargo de general en 1581, aunque solo contaba 38 de edad. Los resultados probaron el acierto de esta eleccion. Nunca trabajó mas ningun general en beneficio de la compañía, ni mas tiempo, ni en circunstancias mas difíciles ni con mas acierto.

Noticia del P. Claudio Aquaviva.

Admirábase especialmente en él una union continua con Dios que le hacia superior á todos los acontecimientos de la vida, de modo que recibia con igual

(1) Alegambis, *Bibliotheca scriptorum societatis Jesu*, art. *Claudius Aquaviva*.